



ENTRE LOS PLIEGUES
DEL TIEMPO

Luis Aznar Otín

ENTRE LOS PLIEGUES
DEL TIEMPO



Primera edición: octubre de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Luis Aznar Otín

ISBN: 978-84-18958-36-6

ISBN digital: 978-84-18958-37-3

Depósito legal: M-27843-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi padre

I

Me voy un día,
al otro vuelvo,
sueño que estás aquí,
en el mar,
donde las olas no tienen color.
Una campana muerde el tiempo.
Me voy un día,
al otro ya no estoy,
lleno una jarra con lágrimas
las vierto entre los pliegues del tiempo,
allí donde se esconden el olvido y tus abrazos.
¡Ah! A veces es tan difícil soñar.

Hay tres casas amarillas,
otra campana que repica,
la copa de vino tinto,
el dolor está presente,
la lluvia del pasado,
el llanto.
El tiempo que se va.
¡Escúchame!, ¡vamos a esperar la «madrugá»!

El tiempo,
una carroza de cuatro caballos
que a la noche se marcha.
Le cantan canciones...
el patio de mi casa es particular.

Sobre el plato hay dos mendrugos de pan.
Vivir, vivir, vivir,
bajo el calor que aprieta el alma.
¡Te echo un bajío!
«El tiempo va sobre el sueño»...
¿Dónde están tus versos ahora, Federico?
No los viejos, los nuevos que ya no escribiste,
¿dónde quedaron?

Va sobre el tiempo,
sobre el nombre del sueño
y el dolor que vuelve,
nuevo y fresco como las oscuras flores de primavera.
¡Ah! Qué difícil es no dejarte llevar por la desidia,
esa que todo lo envuelve
con el color apagado de la lluvia sobre tus hombros
y el sonido de los pasos que se alejan.
¡Mírate Luis! Ya con los pies cansados de tanto correr,
los ojos bien abiertos a las palabras
y las lágrimas recogidas en un frasco.

«El tiempo va sobre el sueño»...
¿A dónde ir ahora, Federico?

¿Dime? No te escucho.
La tierra apenas me deja oírte.
Los huesos no pueden gritar,
me dijo mi padre.
Quizá por eso hace tiempo que no te escucho,
quizá por eso se me olvidaron tus palabras.
¿Cómo sonaría ahora tu voz,
gastada por el hombre de arena?
Todo va sobre el sueño, ¿verdad, papá?

II

¡Qué difícil es estar vivo!,
gritan y gritan los estúpidos hombres de negro
sobre las altas esferas de los idiotas.
Mañana tendrás tu hambre asegurada,
hoy solamente quiero tu alma
envuelta en el llanto triste de los que nunca habrán vivido.
¿Y la aurora de Nueva York?
No os creáis nada,
no aguardéis que el tiempo lo cubra todo,
luchad a brazo partido con todos aquellos que os digan
que ya nada vale nada.
El sueño americano no tiene forma de dólar,
no os equivoquéis.

«El sueño va sobre el tiempo»,
me dijiste un día al oído,
y mi sangre se envenenó con las palabras,
el fuego prendió la hierba
y de los ojos me brotaron dos estrellas
y, como un «rayo que no cesa»,
dejé que todo se fuera.

¡Por qué es tan difícil ser feliz!,
grita el hombre que vende los periódicos.
En la parada del metro no hay asientos
ni aleluyas, ni nada de eso.
Las cabezas de ganando recorren sus pasillos
como hambrientas.
¿A dónde irán tan decididas?

Ya hace tiempo que pasó todo eso,
ya hace tanto tiempo de los sueños,
de la poesía en la calle mojada...

III

Da igual lo que diga,
al señor del tiempo le sobran las agallas
y, con sus infinitos brazos,
llegará a cualquier parte de tu mundo
para robarte los recuerdos,
para arrastrarlos sobre las hojas muertas,
las ramas rotas y los cristales de tantas y tantas juergas.

¡Qué te crees!
Aullará sobre la noche de luna llena.
¿A dónde irás ahora,
sin nada que ponerte?
Te preguntará...,
tiempo despiadado...
¡Ojalá desaparezcas entre los despojos del mundo!

Hay un pequeño recuerdo en las lágrimas que exprimo,
una silla vieja,
un respaldo de color rojo,
un sueño...
«el sueño va sobre el tiempo».

¿Sobre qué tiempo, Federico?
¿Sobre el que ya no tenemos
o sobre el que nos han robado?
No te escucho,
bajo la tierra no hay espacio, ¿verdad?

Hay un minúsculo recuerdo
prendido a tu corazón,
cubierto de diez mil horas de sueño,
de mentira,
de largos paseos sobre el filo del olvido
y las cavernas oscuras de la desidia.
¿De eso va la vida?, te pregunto,
¿de eso y nada más?
¿De cubrir el sueño con el tiempo perdido?
¿De bañarnos una y otra vez en el mismo río que no cesa?
¿De eso va la vida?
Dímelo tú, ahora que ya has muerto.
¡Ah, es verdad!
ahí abajo no hay huecos.

Hay un ínfimo recuerdo
escondido entre los pliegues del tiempo,
oculto al ansia devoradora del olvido,
aferrado a mí, como un niño pequeño a su madre,
como los días en los que te despiertas sin sangre
y sólo te empuja el viento,
aquel viento oscuro que antes me llamaba por mi nombre,

sobre las mil páginas ya escritas,
en los límites de mi dormitorio.

Hay un pequeño recuerdo...
¿cuándo me lo robarás?